

# 1

## **Hablar sin darse a entender**

### *El final de un idioma oculto*

El diccionario de la Real Academia Española dice de la palabra «lengua» que es «un sistema de comunicación verbal, casi siempre escrito, propio de la comunidad humana», y de la palabra «lenguaje», que es el «conjunto de sonidos articulados con que el hombre manifiesta lo que piensa o siente». Pero los gestos, al igual que la pintura, la música y la danza, hacen lo mismo. Por ello, la misma Real Academia anota que «lenguaje» significa también un «conjunto de señales que dan a entender algo». Así, el lenguaje abarca todo el dominio de la comunicación no verbal, al que pertenecen también la tonalidad, el ritmo, el volumen, la mímica y la gestualidad. Todo ello sirve para informar o dar a entender algo, para dar expresión a conceptos, imágenes, sentimientos. Podemos hablar de lenguaje en el sentido más amplio, pues se trata de volver accesible a otros aquello que es puramente interior, ofreciéndoles de este modo la oportunidad de tomar parte en ello. Esto supone que el otro sospeche que esas expresiones tienen el objetivo de comunicar algo, y comprenda de alguna manera los contenidos que se le comunican. No nos ocupamos aquí de examinar la forma exacta en que acontece este maravilloso proceso de la comunicación.

Pero, ¿por qué queremos participar a otros lo que pensamos, sentimos o queremos? Para vincularnos mejor con ellos. Pues tenemos una necesidad natural de hacerlo: sin los otros ya no somos los mismos. Y además necesitamos ser confirmados o corregidos mediante su reacción (a través del mismo lenguaje) para poder progresar, y para impulsar a otros a hacerlo. El lenguaje también tiene la función de ayudar al nacimiento de aquello que todavía está informe y oscuro en el sujeto, para configurarlo y sacarlo a la luz, de tal manera que éste asuma su propia interioridad.

El individuo, los grupos y las culturas expresan colectivamente lo que piensan, lo que se imaginan, lo que temen, lo que juzgan valioso. Lo hacen tanto en frases doctrinales, prescripciones y directrices, como en tradiciones, usos, convicciones colectivas, rituales, tabúes. Y también, mediante la forma, tamaño y ornamentación de sus edificios, con los cuadros y estatuas que colocan en ellos, con las vestimentas y la forma de aparecer de quienes presiden a la realización de los ritos.

A lo largo de los siglos el grupo cultural cristiano occidental ha desarrollado su propia estética para expresar lo que pensaba y sentía colectivamente. Esto quiere decir que se ha construido su propio lenguaje, en el sentido tanto estricto como amplio, ha formulado leyes y confesiones, ha creado rituales y los ha hecho obligatorios, ha edificado y equipado monasterios e iglesias. Por medio de figuras y colores le ha dado forma a sus esperanzas, expectativas, imaginaciones, miedos, alegrías, dudas conscientes o inconscientes. Pero luego ha sucedido algo asombroso. Aquel lenguaje que cada cual comprendió durante 1000 años en Occidente, se volvió poco a poco un idioma extranjero, una lengua muerta, comprensible sólo por aquellos que anteriormente habían sido educados en ella.

### *Un idioma extranjero en el tercer milenio*

Si los círculos conservadores de las iglesias occidentales consideran que éste es un fenómeno completamente misterioso, ello se debe a que no captan o no quieren captar algo sumamente importante: y es que cada lenguaje, aun el cristiano, está ligado a su tiempo. El lenguaje de la comunidad cristiana tuvo origen en una fase cultural bien determinada y aún conserva señales de ello. Sirvió para expresar las experiencias y representaciones de un grupo, pequeño en sus inicios, que en su búsqueda de la realidad trascendente de «Dios», se dejó inspirar y guiar por la figura mesiánica de Jesús de Nazaret. El lenguaje de este pequeño grupo del siglo I se extendió poco a poco, en la medida en que otros reconocieron en su mensaje algunas o muchas cosas semejantes a las de su propia búsqueda y de sus hallazgos, lo que los confirmaba y los llevaba a unirse con ellos. Lo mismo sucedió cuando la dirección de la Iglesia, haciendo uso de apropiados medios de presión, logró imponer tal lenguaje.

A lo largo de esta historia de expansión, el lenguaje eclesiástico ha evolucionado muy lentamente, creando con ello las condiciones para que los aromas y colores típicos de muchos siglos se le fueran adhiriendo. Dado que en cada época la buena nueva del Jesús se vestía con el ropaje lingüístico de su respectiva cultura –incluyendo las deformaciones, errores y limitaciones de esta misma– siempre fue

aceptado sin mayor resistencia. La gente se hallaba bien con él, pues cada cual se iba encontrando a sí mismo en las sucesivas formulaciones.

En el siglo XV sin embargo, en la sociedad occidental, se hizo sentir un movimiento que pronto se desarrolló como una revolución copernicana. El humanismo de este siglo hizo emerger en el siglo siguiente las ciencias modernas que en pocos siglos cambiaron la faz de la tierra. Los desarrollos alcanzados en la esfera del mundo material se reflejan siempre en un cambio paralelo en las maneras de ver. En este contexto Karl Marx explicó que el cambio en la superestructura es consecuencia del cambio en la base material. Pero, el cambio en las maneras de ver, necesariamente, produce un cambio en el lenguaje. Pues éste es la expresión de la forma en que cada cultura vivencia la realidad. Las palabras pierden el contenido antiguo, pues adquieren un nuevo significado y otros matices de sentimientos. O en el caso contrario, se vuelven completamente incomprensibles.

Lo mismo sucede con las costumbres, que se vuelven obsoletas, y con las normas, que pierden su sentido, y con las representaciones figuradas, que se vuelven impenetrables. Un ejemplo de ello en el dominio de las palabras: hoy día un rey es sólo un representante del Estado y debe cumplir las leyes impuestas por el pueblo. Lo que es algo completamente distinto a lo que en este contexto entiende el lenguaje bíblico y eclesiástico cuando habla de Dios como rey: una instancia revestida de poder absoluto que imparte leyes y está por encima de ellas. La democracia ha dejado atrás a la autocracia. La palabra permanece, pero ha adquirido un sentido distinto. Algo semejante es lo que sucede con el término medio de los fieles hoy día cuando escuchan la epístola a los Romanos donde Pablo habla sobre la ley y la carne; pues lo que ellos entienden está a leguas de lo que Pablo quería decir con ello. La confusión es inevitable. En vez de un anuncio, lo que resulta es una deformación y un engaño. Esto vale para muchas cosas en el lenguaje eclesiástico y litúrgico, así como en el ámbito de otros usos y rituales, y aun del lenguaje bíblico, que es el origen de los otros.

Si el anuncio no les llega ni atañe a las personas, es simplemente porque las representaciones usadas por la iglesia en su predicación, su imagen del mundo y de la humanidad, así como la imagen de Dios mismo, se han quedado en la Edad Media, mientras que la sociedad occidental se aleja de ésta a una velocidad cada vez mayor. Quien piensa y siente como en la Edad Media, habla también así. Este lenguaje ha llegado a ser un idioma «extranjero» para la gente que piensa y siente de acuerdo a los tiempos modernos –tan extranjero como lo era hasta hace poco el latín eclesiástico–.

*Consecuencias: tensiones internas en la iglesia*

Es cierto que en la sociedad occidental muchos están lejos de haber hecho este proceso y muchos se quedan en lo antiguo. Sus representaciones no avanzan al ritmo del desarrollo. Esto se expresa en la naturalidad rayana en la testarudez con que conservan las formas de hablar y de pensar del pasado. De ahí las tensiones entre fieles conservadores y progresistas que vemos en la Iglesia actual. Antiguamente, tales tensiones eran impensables, pues no se toleraban ni maneras de ver, ni maneras de pensar que se apartaran de las entregadas por la iglesia, pues eran erradicadas mediante el calabozo y la hoguera. Piénsese en los Cátaros, los Valdenses, en Juan Hus, los Anabautistas, en Giordano Bruno, los Alumbrados, los «marranos» y los herejes de toda laya y color. Gracias a Dios que este tiempo quedó atrás, de lo contrario a esta triste lista habría que haber agregado la de los liberales en el siglo XIX, y en el XX la de los modernistas. La difícil consecuencia de la libertad actual es que la Iglesia romana lleva en su seno, como en otro tiempo lo hizo la abuela Rebeca, a mellizos que se pelean. Desgraciadamente la mayor parte de las autoridades eclesiásticas pertenece al grupo que persevera tenazmente en el pasado y en sus formas de lenguaje. Deben sus puestos, su influencia y sus entradas financieras a estructuras eclesiásticas heredadas, y por tanto a aquel viejo mundo de representaciones. Hablar y pensar de otra manera sería endosarles una contradicción interna, o los llevaría a tener que renunciar, como le sucedió al obispo Gaillot. Sin embargo, el creyente que piensa con la modernidad no reconoce ya aquel pasado y puja por el cambio, con frecuencia en forma impetuosa. Busca unas formas, un estilo, un lenguaje que correspondan a sus nuevas representaciones; hace experimentos; trata de fundamentar mejor y de formular más precisamente sus intuiciones, que todavía son titubeantes y algo confusas, por lo que fácilmente son tenidas por herejías. Todo esto espanta al mellizo conservador, que no puede ver en todo ello más que desviaciones condenables de la doctrina tradicional, inmutable en su opinión. Convencido de que él sí ha captado la verdad única y eterna en sus fórmulas, da la etiqueta de error, infidelidad y no creencia a todos los ensayos que se hacen para formular la misma fe de una manera más adecuada a los tiempos. El diálogo queda imposibilitado de antemano, porque todo diálogo presupone que se esté dispuesto a aprender algo del interlocutor.

Por otra parte, los fieles que piensan con la modernidad, tampoco tendrían razón si esperaran que la renovación imprescindible de nuestro mundo de la fe venga exclusivamente, o en primer lugar,

del mejoramiento y la adaptación del lenguaje, es decir, desde las estructuras, formas, tradiciones y usos eclesiásticos. Aunque estos fieles «modernos» tuvieran éxito en imponer algunas de las reformas que pretenden, como la reducción del centralismo romano, la democratización del autoritarismo eclesiástico, el acceso de la mujer al sacerdocio, el derecho a votar en la elección de obispos o la supresión del celibato obligatorio, por muy importantes y necesarias que estas reformas sean, de todas maneras estaríamos lejos de alcanzar la verdadera solución. El lenguaje es siempre la segunda instancia. La primera, fundamental y más importante es aquella que se decanta en el lenguaje, pues expresa el mundo de los pensamientos y representaciones. Si el lenguaje tradicional ha dejado de ser útil, esto sucede no porque tenga errores o sea poco claro, sino porque encarna muy correcta y claramente representaciones hoy día superadas, que la modernidad ha depositado en el sumidero del pasado. Por ello, debemos dedicar un capítulo para reflexionar sobre la nueva visión que tiene el creyente sobre el mundo. En una palabra: la modernidad, es un capítulo fundamental e importante. Porque sólo la aceptación de las ideas que allí se han desarrollado puede allanar el camino para la imprescindible renovación que debe experimentar el lenguaje eclesiástico. Porque sin esta renovación, la Iglesia no tiene ningún futuro en el mundo moderno.

### *Advertencia al lector*

Quien piense leer este libro debe tomar en serio la siguiente advertencia: no lo leas, si no tienes ningún problema con la Iglesia católica romana, con su manera de pensar y de hablar, con su código de conducta, con su doctrina y su forma de aparecer en público, con la manera como ella se hace visible y audible, hacia el exterior y hacia su interior. Léelo sólo si encuentras que en la Iglesia católica la cosa no puede seguir tal como va, y te gustaría saber cómo debería ir. De lo contrario, te vas a enojar, y no poco.

Este libro se dirige en primer lugar, pues, a lectores que, como el autor mismo, han conocido la riqueza de formas de la Iglesia de antes y viven en una postura ambivalente respecto a ésta, en una mezcla de amor y rechazo. Por eso, la generación de cristianos que crecieron después del Concilio se van a sentir un poco extraños frente a la problemática que aquí tratamos. Es posible que hayan dejado atrás el problema. Tal vez han desechado, como si fuera un lastre, lo que heredaron del pasado en la Iglesia, y ni siquiera les interesa conocer el tesoro que dejaron atrás, encerrado y empolvado. Pero rechazar en bloque el pasado es una mala forma de preparar el futuro... Este libro les puede servir, pues les ayudará a descubrir el valor

de aquellos tesoros que están guardados en el entretecho de la vieja Iglesia. Este libro les puede evitar que tomen una decisión equivocada. Pues de lo contrario, esas personas se van a ver constantemente confrontadas con la Iglesia actual, a la que pertenecen y quieren seguir perteneciendo, una Iglesia que se presenta casi únicamente bajo una apariencia medieval que ha sido superada. Corren el peligro de que, al igual que otros contemporáneos suyos que ya abandonaron la iglesia, terminen despidiéndose de todos estos trastos viejos, sacudan el polvo de sus zapatos y busquen la plenitud humana en otra parte, donde tampoco la encuentren.